

Julia Otxoa

Confesiones de una mosca



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Julia Otxoa

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO], 2018

ISBN: 978-84-15740-52-0

Dep. Legal: P-2/2018

Imagen portada: ©© Klimkin | pixabay.com

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Fabulaciones actuales

LUIS MATEO DíEZ

A la soledad, que parece más una inducción que una opción, conduce una sociedad multicomunicada, en la que todos los artefactos tecnológicos contribuyen a la invasión permanente, a que no tengamos sosiego. La soledad puede ser ahora un límite del extravío, no una situación bienhechora, el acicate de una retirada del mundo que parece fruto de una derrota. Es una de las muchas cuestiones con que podemos enfrentarnos, no sé si una más. ¿Estamos más solos que nunca, más requeridos y contrariados y más ajenos a las cosas fundamentales mientras atendemos las inocuas llamadas, lo efímero de cada suceso e instante, la banalidad de la existencia?

En *Las confesiones de una mosca* que nos ofrece Julia Otxoa, una de las propuestas narrativas más inquietantes y sugerentes que he leído en mucho tiempo, los relatos, las fábulas inciden en la dislocación y la extrañeza de este mundo invasor que nos ha tocado vivir. Este mundo que nos deja tan solos.

Y lo hacen en la clave simbólica que por la vía imaginativa, también fantástica, nos muestra algo parecido al otro lado del espejo, donde lo extraño y misterioso se hace tan turbador como asombroso, de modo que la ficción revierte en otro grado de conocimiento y percepción, en lo oculto y alarman-

te de ese mundo en que vivimos, de este tiempo de soledades arruinadas y desasosiegos inminentes.

Engaños, simulacros, farsas, extravíos tienen mucho que ver en estas fabulaciones en las que desde lo real se deriva a lo irreal, en las que las percepciones convencionales, lo que es el día a día de nuestras rutinas y visiones, se precipitan hacia un caos sorprendente que sería como el revés de las mismas, lo que nos aguarda entre la evanescencia y el delirio.

Un mundo inquietante, una realidad menos consistente de lo que pudiéramos pensar, por muchos que sean los artificios tecnológicos y las disipaciones posibles en tantos sueños o ensueños engañosos.

Los relatos de Julia Otxoa, en los que puede adivinarse un rasgo kafkiano, una herencia esperpéntica y, algo más allá, en su fértil imaginación, destellos surrealistas y un humor satírico que hasta puede llevarnos a la literatura del absurdo, como en el variado tamiz de algunas tradiciones narrativas entrecruzadas y que derivan en la escritura de la autora con renovada modernidad.

Las fábulas siempre abogan por una opción moral y los relatos fabulísticos de Julia Otxoa van dejando en el lector ese poso, que a veces alcanza alguna inesperada línea reflexiva, donde la conciencia de la escritura nunca está por encima del poder de la misma, pero sí es una conciencia enriquecedora, que ahonda el sentido de lo narrado, que nos conmueve pero también nos conmociona.

Corren tiempos de contradicciones y contrariedades, de exaltaciones y desánimos, de convulsiones y banalidades, y los relatos de este libro están a la altura de estos tiempos, quiero decir que son un modo de verlos, compulsarlos, reinventarlos para poder comprenderlos, que siempre será una manera más piadosa de padecerlos.

O de percibir la lucidez, tantas veces desazonadora, con que la ficción nos enfrenta con la realidad, con la vida. Una contribución brillante y gozosa, en su lectura, para que la soledad sea más llevadera.

El escalador

El escalador asciende sin cuerdas por la pared de roca, está solo, únicamente ayudado por sus manos que arañan cada mínimo punto de apoyo para seguir hacia lo alto. Es joven, pero al cabo de una hora de duro esfuerzo la fatiga comienza a presentarse en una debilidad creciente en sus brazos, en los cada vez más frecuentes calambres de sus piernas, que le ponen al borde de una caída que podría ser mortal desde esa altura y él lo sabe, pero sigue ascendiendo, aunque sus manos se equivoquen y se sujeten a puntos de apoyo que no lo son y las piedras soltándose de pronto le recuerden que está al límite de sus fuerzas y que no fue buena idea venir sin cuerdas. Mira hacia lo alto, le quedan escasos metros para llegar, allí en el borde del despeñadero, asomados, esperando que caiga como antes lo hicieron otros escaladores, expectantes le observan una veintena de buitres, en sus fijas miradas ansiosas la espera del festín.

El escalador sabe que no hay esperanza, el próximo intento puede ser la caída, siente que las fuerzas le han abandonado y ahora ni siquiera tiene ánimos para seguir, tan solo puede permanecer así sujeto en la pared vertical, agarrado a la roca hasta que los músculos aguanten.

Bajar es imposible, ascender también. Entonces se acuerda de lo que tantas veces su padre le contó sobre la guerra en aquel lugar, de cómo en 1936, falangistas y requetés arrojaban, desde lo alto de este mismo Nacedero del Urederra en el que se encuentra ahora, a todos aquellos denunciados por «rojos».

Sí, él ha visto mientras ascendía los huesos de todas aquellas personas, desperdigados, mezclados con las piedras de las torrenteras, enredados entre las ramas de los árboles que surgen de la pared rocosa, cráneos, tibias, manos... huellas blancas como actas notariales de un tiempo atroz.

Pronto sus huesos se mezclarán con todos ellos —piensa el escalador— tan solo un instante antes de despertar convertido en buitre, esperando ansioso junto con sus compañeros que ese diminuto escalador caiga al fin de una santa vez.

Oficina de empleo

El hombre tras la ventanilla suplicaba trabajo.

Desde el otro lado le contestaron con cajas destempladas:

—A ver: ¡Trabajo! ¡Trabajo! ¿Pero qué ofrece usted a cambio?

El hombre suplicante era todo ojos.

—¡Mi tiempo! ¡El sudor de mi frente!

—No es suficiente, eso lo ofrecen todos... a ver qué más ofrece.

El hombre en busca de trabajo temblaba como un pequeño pájaro en medio de la nieve, pero sacó fuerzas de su necesidad y adoptando un gesto de dignidad, respondió:

—Tengo dos pulmones, puedo ofrecer uno a quien me dé trabajo.

—Bueno... eso ya es otra cosa... a ver, estudiaremos su caso... ahora a esperar la carta, la recibirá en breve, y apártese que hay mucha gente a la que debo atender. ¡Que pase el siguiente!

Este tipo de cosas hizo que las oficinas de empleo pronto se convirtieran en un lugar insalubre. Densas nubes de moscardones merodeaban constantemente entre

las bolsas en las que se guardaban vísceras, ojos, piernas... de todos aquellos que buscaban trabajo.

Llegó hasta tal punto el caos, que ningún empleado era capaz de encontrar expediente alguno en el infecto desorden de carpetas, ficheros y restos humanos. Así que a la Administración no le quedó otro recurso que adiestrar a perros olfateadores de expedientes y órganos humanos para agilizar las solicitudes de los parados.

Claro que los perros a veces se equivocaban y mordían con furia los órganos de los espantados funcionarios, con gran regocijo de los solicitantes de trabajo que, al otro lado de las ventanillas, eran legión de desdentados, tuertos, cojos, mancos y hasta desorejados.

El notario de los nuevos tiempos

El notario de los nuevos tiempos buscaba una perla en las entrañas del cerdo y se encontró de pronto con su equivocación: confundir a las ostras con los puercos, pero no se dio por enterado y siguió adelante. Muchos de sus seguidores realmente llegaron a pensar que los equivocados eran los que defendían las perlas en el interior de las ostras. El error del notario se llevó a muchos cerdos por delante sin haber encontrado en su interior una sola perla, a pesar de todo sus seguidores siguen excavando en las entrañas del cerdo, posiblemente hasta que la comunidad porcina, harta de ser masacrada de forma tan gratuita, se organice y comience también a buscar perlas en el interior de los humanos.

Juegos

A veces cuando ella está así, como triste, él al llegar a casa, además del sombrero, se levanta una tapita en la cabeza y le enseña con sumo cariño el interior de su cerebro. Ella se asoma y juega entonces durante un rato allí dentro, cambiando cosas de lugar, haciendo nudos, tejiendo extrañas formas con algunas de sus venas, que son finas y suaves como la misma seda. Permanece así hasta que su ánimo se alegra y entonces él cierra con suma delicadeza la tapita sonriéndole enamorado. Claro está que él con estos juegos va cambiando sucesivamente, porque su cerebro, dulcemente manipulado por su melancólica esposa, lo convierte cada vez en un hombre diferente. Hoy, por ejemplo, con los pequeños cambios que ha hecho ella en alguna zona neuronal, al cerrar la tapita de su cabeza, ha comenzado a caminar a cuatro patas y toda su piel se ha cubierto de un hermosísimo pelaje similar en todo al de un tigre de Bengala.

Los jueves, milagro

Debido a la difícil situación económica por la que atravesaba la nación con una imparable cifra de más de cinco millones de parados, el director del Banco Nacional había declarado que, cada primer jueves de mes, en solidaridad con los más necesitados, pondría un huevo de oro ante las cámaras de televisión. La noticia había creado una gran expectación.

Así que justo el jueves, a las nueve de la noche coincidiendo con el telediario, las cámaras enfocaron discretamente las blancas posaderas del señor director. La audiencia en todo el país era máxima, pero el huevo que apareció finalmente no fue de oro sino diminuto y negro, similar al de las gallinas pigmeas asiáticas, de las que dicen que ponen huevos de media yema.

Seguidamente, ante el desencanto general, el primer ministro en una intervención sorpresa atribuyó dicho fracaso al pésimo estado de ánimo por el que atravesaba el señor director. Debido a ello, el huevo de oro no pudo producirse dentro de unos parámetros de normalidad, pero sin duda alguna la próxima vez se cumpliría lo deseado. Finalizó su intervención haciendo un llamamiento a la esperanza y solicitando que todos los ciudadanos el pró-

ximo jueves a la misma hora mantuvieran fijos sus ojos en las posaderas del señor director.

Y aquí estamos como todos los jueves, el país dividido entre los que todavía confían en ver surgir el huevo de oro de las níveas posaderas bancarias y los que dicen que todo es una burda maniobra para promover un mayor consumo de huevos.